

La constitución de la persona moral en Edmund Husserl

Sergio Sánchez-Migallón

Resumen

Este artículo pretende iluminar los elementos de la antropología ética de Husserl. Según ella, la persona humana actúa y se desarrolla moralmente de modo peculiar, para consolidarse como sujeto individual moral. Tal desarrollo se basa en la actuación motivada, distinta de la causalidad en las cosas materiales. Esa actuación motivada posee dos componentes que cooperan mutuamente: uno es activo (libre) y otro es pasivo (tendencias naturales). Además, el desarrollo moral se dirige a un ideal personal individual, y es ayudado socialmente por modelos personales presentes en la comunidad. Así, se sugieren campos de investigación antropológicos, éticos, sociológicos e históricos.

Abstract

This article tries to emphasize the elements of the Husserl's ethical anthropology. According to this, the human person acts and develops morally in a peculiar way, in order to consolidate as a moral individual subject. Such development is based on the motivated action, which is different from the causality in the material things. That motivated action has two components that cooperate mutually: one is active - free- and the other is passive -natural tendencies-. Furthermore, the moral development is aimed towards an individual and personal ideal, and is helped socially by social models in the community. In that way are suggested several anthropological, ethical, sociological and historical research fields

Palabras clave: Husserl, persona moral, antropología, ética fenomenológica, motivación.

Key words: Husserl, Moral person, Anthropology, Phenomenological Ethics, Motivation.

La preocupación de Husserl por el problema moral data de fechas muy tempranas en el curso de su pensamiento, por más que pudiera haberse agravado con el tiempo a la vista de los trágicos acontecimientos bélicos que hubo de presenciar. Sin embargo, sólo hasta hace relativamente poco —gracias a la publicación de varias lecciones inéditas— se ha comenzado a cobrar conciencia de este hecho. Además, dicha preocupación no podía reducirse en este poderoso y penetrante genio a unos consejos genéricos o incluso a

unas reglas prácticas de comportamiento. A Husserl le inquietaba el futuro de Europa, de la civilización humana toda, pero también, precisamente por ello, la persona individual en su más íntimo núcleo moral.

Como no podía ser de otra manera en este fenomenólogo, su manera de abordar el problema moral de la persona consiste en bucear hasta encontrar la génesis de la persona como un yo moral. O dicho con su terminología, se trata de asistir a los orígenes y esclarecer el desarrollo de la constitución de la persona moral.

Estas páginas tratan sencillamente de exponer los elementos necesarios para esa tarea intelectual, así como señalar las principales fuentes y lugares de la obra de Husserl más relevantes al respecto. No obstante, no cabe aquí ser exhaustivos, ni por lo que se refiere a la enseñanza de Husserl —aún en fase de edición¹— ni con respecto a los todavía escasos estudios de la antropología moral del fenomenólogo².

I. La motivación frente a la causalidad.

En principio y en general, toda constitución de algo es un proceso de formación o realización, un proceso causativo, de ese algo; un proceso que, para Husserl, se percibe en la conciencia como constitución de dicho algo como objeto. Ahora bien, el fenomenólogo aclara que hay —por lo que al presente tema se refiere— dos modos muy diferentes de causalidad, según se adopte una perspectiva naturalista o una perspectiva personalista. Esta dualidad de enfoques no se refiere a la más conocida diferencia entre la actitud natural y la fenomenológica (o auténticamente filosófica), sino a la que se da entre la actitud científica moderna y la fenomenológica.

Es decir, el primer modo es la causalidad a la que estamos acostumbrados cuando nos hallamos instalados en la actitud científica, que en la modernidad ha venido a tornarse naturalista, pues ve toda la realidad a la luz de la naturaleza física. O sea, esta actitud es la

¹ Basta señalar que, por ejemplo, Ulrich MELLE y Thomas VONGEHR están preparando tres volúmenes de *Husserliana* centrados en los conceptos de «afecto» (*Gemüt*), «voluntad» (*Wille*) y «acción» (*Handlung*).

² El más completo en español es el trabajo de IRIBARNE, J. V.: *De la ética a la metafísica*. San Pablo, Bogotá, 2007; y en un marco antropológico más amplio merece especial atención el reciente estudio de FERNÁNDEZ BEITES, P.: *Tiempo y sujeto*. Encuentro, Madrid, 2010.

que ve el mundo y sus objetos, y la interacción entre ellos, según el modelo de la ciencia moderna, la ciencia físico-matemática. Ciertamente, resulta una actitud claramente artificial, pero no es menos cierto que sorprendentemente nos hemos acostumbrado irreflexivamente a ella. Pero si, en cambio, adoptamos un punto de vista que Husserl llama personalista, lo que se nos aparece no es solamente cosas físicas interactuando mecánicamente, sino, además, personas que viven y se interrelacionan en un mundo circundante pleno de sentido³.

Para pasar de una a otra perspectiva —o mejor, para superar la naturalista y alcanzar la personalista— es preciso un auténtico cambio de actitud⁴, pues son dos actitudes y mundos muy diferentes. Sin embargo, son dos perspectivas que en realidad no se estorban, ya que las dos hablan de las mismas cosas (la naturalista según la esencia formal, dice Husserl, y la personalista según la esencia real), y las tratan “objetivamente” aunque en sentidos distintos (la primera según la aparición y la segunda según el ser)⁵. Así, el ser humano puede explicarse físicamente como corporal y, a la vez, comprenderse espiritualmente como persona. Cada visión se mueve en un plano, pero ha de saber que existe otro. En definitiva, se trata de no ceder ante el naturalismo y el cientificismo que erigen la ciencia en paradigma de consideración, y por tanto de superar ese reduccionismo incorporando también la visión personalista para el ser humano. Por lo demás, Husserl advierte que ya Dilthey tuvo el mérito de llamar la atención sobre esta diferencia, pero sin llegar a la profundidad y exactitud necesaria⁶.

Pues bien, la diferencia entre la causalidad en la actitud naturalista o real⁷ y la causalidad en la actitud personalista o espiritual es que en ellas los referentes que se vinculan y las legalidades que las rigen son esencialmente diversos. Tan distinta es la causalidad en las cosas naturales que en el alma, que el fenomenólogo ve la necesidad de nombrar de otro modo la causalidad referida al mundo espi-

³ Cf. HUSSERL, E.: *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro II: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*. UNAM, México, 2005 (en adelante, *Ideas II*), § 49 y 50, anexo XII, § 10.

⁴ Cf. *Ideas II*, § 53.

⁵ Cf. *Ideas II*, anexo XIII.

⁶ Cf. *Ideas II*, § 48, anexo XII, § 11, y anexo XIV; HUSSERL, E.: *Einleitung in die Ethik. Vorlesungen Sommersemester 1920 und 1924*. Kluwer Academic Publishers, Dordrecht, 2004 (en adelante, *Husserliana XXXVII*), § 22.

⁷ «Real» (*reel*) tiene aquí el sentido preciso de «material», «físico» o «empírico», y no tanto de efectivo (*wirklich*).

ritual, a la constitución del mundo personal y de la persona misma: mejor llamarla “motivación”⁸. La causalidad real hace referencia a lo real en cuanto físico⁹, mientras que la motivación contiene referencias intencionales (tales como valoraciones, fines, posibilidades prácticas, etc.)¹⁰. Asimismo, la causalidad real se rige por una legalidad natural, según vínculos de causalidad mecánica, reactiva o asociativa; mientras que para la motivación rige la legalidad espiritual de la motivación justificada o injustificada, legalidad que se intuye más que calcula¹¹.

Evidentemente, hacerse cargo de la peculiaridad de la motivación resulta esencial para comprender su papel decisivo en el proceso de configuración, por decirlo así, de la persona para consigo misma. Tanto más cuanto que nuestra cultura presuntamente científico-técnica valora más la causalidad natural positiva, cuya máxima construcción antropológica resulta del asociacionismo a partir de meros hechos; pero «meras ciencias de hechos hacen meros hombres de hechos»¹². No; el yo vive y se constituye a sí mismo en su personalidad y carácter mediante su vivir actos según una estructura motivacional y significativa¹³. Dicho brevemente, actuar o decidirse libremente por motivos no es reaccionar automáticamente a estímulos causales.

No podemos entrar con todo detalle aquí en la descripción de lo que significa actuar por motivos. El punto que aquí interesa resaltar es que sólo este paradigma de la actuación libre por motivos es el adecuado al obrar humano, y que únicamente en él cabe hablar de actos justificados o injustificados¹⁴. Nada de esto, en cambio, tiene sentido en el mundo natural físico; ahí sólo hay meros hechos. Las únicas leyes de la naturaleza son descriptivas. El libre comportamiento y vivir humanos poseen normas de razón capaces de discernir actos correctos o incorrectos¹⁵. Y donde hay discernimiento cabe justificación, es decir, dar razón de los actos, y en principio también

⁸ Cf. HUSSERL, E.: *Meditaciones cartesianas*. Tecnos, Madrid, 1973, 4ª, § 37; ÍDEM: *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Prometeo, Buenos Aires, 2008 (en adelante, *La crisis*), § 62.

⁹ Véase la nota 5.

¹⁰ Cf. *Ideas II*, § 55 y 56 f y g.

¹¹ Cf. *Ideas II*, anexo XII, § 10 y 11.

¹² *La crisis*, § 2.

¹³ Cf. *Ideas II*, § 22.

¹⁴ Cf. *Husserliana XXXVII*, § 22 y 25.

¹⁵ Cf. HUSSERL, E.: *La renovación del hombre y de la cultura. Cinco ensayos*. Anthropos, Barcelona, 2002, I.

rectificación. Precisamente son estos los supuestos para constituir una vida verdaderamente humana, a saber, una vida consciente de sí como tal y capaz de autoconfigurarse responsablemente.

Permítasenos insistir en que Husserl advierte que la intuición normal percibe esto sin dificultad, pero que en su tiempo —y aún hoy no en menor medida— es necesario decirlo e iluminarlo, debido a la fuerte presión naturalista o cientificista que ha invadido la misma antropología. Los titánicos esfuerzos de Husserl en esta dirección, especialmente en su obra *La crisis de las ciencias europeas*, son bien conocidos, aunque culturalmente parecen no haber sido secundados en la medida suficiente. Hay que seguir insistiendo en que no se debe sucumbir a la tentación de imitar a las ciencias naturales, pues su modo de explicación y el dinamismo espiritual poseen sendas estructuras de sentido por completo diferentes¹⁶. En efecto, las ciencias naturales desconocen la intencionalidad, los significados y sentidos objetivos, así como la corrección o incorrección de los actos, todo lo cual constituye lo específico del mundo espiritual.

II. Motivación activa y motivación pasiva.

Pero lo dicho hasta ahora es muy insuficiente, pues señalar la peculiaridad del dinamismo de la persona no es decir apenas nada de cómo se constituye esta. Ha de sacarse a la luz cómo se forma el yo actuante; no cómo actúa motivadamente, sino de qué modo llega a actuar motivadamente como lo hace.

Para tratar de alumbrar ese proceso parece lógico partir de lo más visible, los actos motivados. Básicamente, el comportamiento motivado consiste en la activa, o sea, consciente y libre, toma de postura ante unos contenidos valiosos motivantes. El deber moral del hombre pasa por la ponderación y adecuada toma de postura de lo que le seduce; por buscar lo correcto y dejarse motivar por ello¹⁷. Pero no hace falta mucha reflexión para advertir que aquello que motiva o interviene en el acto motivado no es sólo lo exterior. También el mundo interior, por así decir, influye no poco en las tomas de postura concretas. Volvamos la mirada, pues, a ese ámbito subjetivo.

En el sujeto motivado hallamos, desde luego, tendencias y disposiciones ante las que tomamos posición, así como predisposiciones

¹⁶ Cf. *Husserliana* XXXVII, § 26.

¹⁷ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, III, 1, A.

de carácter de toda índole¹⁸. Pero lo peculiar de esas tendencias y disposiciones es que no sólo son objeto motivante de toma de posición, sino también principios que orientan la toma de posición misma en un sentido o en otro, el responder a unas u otras motivaciones.

Lo que entonces se descubre es una duplicidad de principios y, sobre todo, de dinamismos de motivación: una motivación activa y una motivación pasiva. La primera es la toma de posición de un yo activo, la segunda es el subsuelo de tendencias, disposiciones, costumbres, asociaciones, etc. En cada acto intervienen ambos dinamismos, consciente uno y ciego el otro; en cada acto humano se entremezclan la libertad y la costumbre natural¹⁹. Y si antes se dijo que la motivación —y no la causalidad— es el ámbito de la justificación o discernimiento de lo correcto y lo incorrecto, ahora hay que precisar que ese ámbito corresponde sólo a la motivación activa. Por ello, la activa puede llamarse motivación superior, frente a la pasiva o inferior. Nos encontramos aquí con una diferencia análoga a la que se observa entre el nivel inferior y el superior de los juicios; donde en el primero poseemos certezas por motivos diversos, mientras que en el segundo juzgamos según el criterio objetivo de la corrección y no por motivos de certeza subjetiva²⁰.

Bajo esta luz, resulta interesante observar que Husserl, de entrada, llama racional (*rational*) a la motivación superior, que puede ser correcta o incorrecta, y en este sentido “razonable” (*vernünftig*) o “no razonable” (*unvernünftig*); en cambio, la inferior la denomina irracional (*irrational*). Pero a continuación perfila su terminología y escribe que es mejor llamarlas activa y pasiva, respectivamente, porque la inferior no es mera naturaleza y por la peculiar interacción entre ambas²¹. Por otra parte, hay que advertir que las dos motivaciones son necesarias: la superior para dar cuenta de la efectiva libertad de nuestros actos, la segunda porque sin ella no habría unidad de conciencia²². Pero es precisamente la forma según la cual se entrelazan e interactúan esos dos modos de motivación lo que más interesa para nuestro asunto, la configuración del yo actuante.

Pues bien, dicho entrelazamiento entre la motivación activa y la pasiva, o entre el yo personal y su subsuelo, es una mutua y pecu-

¹⁸ Cf. *Ideas II*, § 60 d.

¹⁹ Cf. *Ideas II*, anexo XIV.

²⁰ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, V, 2, B.

²¹ Cf. *Husserliana XXXVII*, § 23 y 24, y anexos V y VI.

²² Cf. *Ideas II*, § 56 c y d.

liar influencia. Lo cual, por cierto, supone una nueva razón para relacionar y no separar las actitudes naturalista y personalista²³. Esa recíproca influencia consiste, por un lado, en que los actos motivados activamente, las tomas de posición, permanecen duraderamente en el yo, en la forma de un hábito que predispone a decidirse, a dejarse motivar, en lo sucesivo tal como lo ha hecho entonces. Toda actividad persiste habitualmente, pasa a ser una propiedad del yo en cuanto centro y origen de actos (su esencia más propia), lo configura²⁴. Dicho brevemente, los actos se transforman en hábitos, de modo que el yo se va haciendo a sí mismo²⁵. El yo actual o fluyente actúa y hace suyos los actos pasados, son “su” pasado; así, mediante esa autotemporalización, se constituye como duradero²⁶. Lo cual, en realidad, es un caso particular, aunque el de mayor densidad e importancia para la vida moral, del hecho de que toda evidencia lega al yo un patrimonio duradero²⁷. Los actos dejan en nosotros como sedimentada, instituyen, una habitualidad pasiva que constituye aquella motivación pasiva y nos configura. Por eso Husserl rectificó y no veía del todo apropiado llamar irracional a este subsuelo, porque se trata de un estrato pasivo y si se quiere de la sensibilidad, sí; pero de una sensibilidad secundaria, con sedimentos de razón²⁸.

Pero, desde el otro lado, la motivación pasiva consiste justamente en la influencia de esas habitualidades (y también, en otra forma no menos eficaz, del ejemplo de otras personas y de costumbres sociales) en la toma de posición activa. El subsuelo habitual, el estrato de asociaciones y tendencias inconscientes, aporta el material motivante al yo activo. Los objetos del mundo circundante que motivan activamente al yo personal han ido constituyéndose antes, por el mismo yo, en su subsuelo habitual²⁹. Los motivos aceptados han ido formando como un depósito de material potencialmente presente, y es el *intellectus agens* del yo racional quien los discierne y actualiza al actuar nuevamente³⁰. Acontece también aquí algo análogo a lo que ocurre, por ejemplo, en la esfera de la percepción. Cada percepción actual incluye vivencias inactuales que pueden ulteriormente por

²³ Cf. *Ideas II*, § 61 y 62.

²⁴ Cf. *La crisis*, § 28, nota 1.

²⁵ Cf. *Husserliana* XXXVII, § 22 y anexo VII.

²⁶ Cf. *La crisis*, § 54 a y b.

²⁷ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 27.

²⁸ Cf. *Ideas II*, anexos II y XII, I, § 1-3.

²⁹ Cf. *Ideas II*, § 54, 56 b y 60 c.

³⁰ Cf. *Husserliana* XXXVII, anexo V.

ello traerse a la luz, crea un campo de percepciones posibles, un campo de fondo de nóesis posibles. Toda constitución trascendental consiste en una síntesis tal de horizontes de intencionalidad que aparecen bosquejados y disponibles para la acción³¹.

Este proceso resulta ser, en definitiva, la génesis constituyente — activa y pasiva— del yo moral. Proceso donde las motivaciones activas y las habitualidades pasivas se complementan, perviviendo en el yo la validez de las primeras y aportando material motivante las segundas³². Un yo moral que, no obstante su unidad, no deja de estar en tensión, como dividido entre diversos motivos que encuentra en sí y ante sí, y entre los que tiene que decidirse activamente por uno. Esta decisión es el momento crucial de la constitución del sujeto ético³³, y la prueba más clara de que el ser humano tiene en sus manos la asombrosa tarea de autoconfigurarse³⁴.

III. *El yo concreto y sus habitualidades.*

Resultará muy instructivo detenerse en lo ganado, esto es, en la consideración de la índole de ese yo moral constituido, el yo personal y concreto resultante del proceso antes descrito.

Es bien conocido que la idea de yo concreto no aparece en Husserl desde el principio. No es, desde luego, este el lugar para recorrer el itinerario del yo en el pensamiento del fenomenólogo. Baste recordar que en sus *Investigaciones lógicas* Husserl centraba su interés en la estructura interna de los elementos atómicos de la corriente de la conciencia y no específicamente en su fuente, en un yo. Sólo en *Ideas I* reconoce la necesidad de hablar de un “yo fenomenológicamente reducido”, pero ese yo es un yo puro vacío y anónimo, mero polo de actos, necesario para dotar de unidad a la corriente de conciencia. Es en sus *Meditaciones cartesianas* y en *Ideas II* donde aparece el yo como centro de irradiación de actos y como “sustrato de habitualidades”³⁵; en definitiva, como yo personal y concreto.

El yo concreto se vive en apercepción como personal, se va conociendo en la experiencia como el sujeto latente con ocultas cuali-

³¹ Cf. *Ideas II*, § 26 y 27; *Meditaciones cartesianas*, § 28.

³² Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 38.

³³ Cf. *Husserliana* XXXVII, anexo XII.

³⁴ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, III, 1, B.

³⁵ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 32.

dades habituales. Ya no es yo puro vacío e invariable —sólo es invariable en su unidad, en su identidad—; es un yo con contenido, con hábitos forjados por las tomas de posición adoptadas³⁶. Husserl dice explícitamente que más allá del “yo pienso” actual hay un horizonte de pasado de cualidades habituales, etc.³⁷. Se trata de un yo constituido por esas tomas de posición y por costumbres³⁸. Un yo con su carácter, que podría incluso confundirse con el empírico yo anímico, y que ciertamente coincide en parte con él, pero la consideración del mismo yo como anímico y como concreto personal es distinta. La primera es una consideración empírica, mientras que la segunda es esencial.

Se nos da ese yo como objeto y sujeto de sí mismo, como habiéndose constituido por y a sí mismo, como sujeto pasivo y como ejecutor activo de actos. Y se nos presenta como constituido, además, en toda su extensión. Con esto último queremos apuntar a tres extremos que se interpenetran. Primero, que el yo concreto se halla constituido del modo dicho en sus diversas propiedades personales según sus diferentes niveles y estratos (de profundidad, de dependencia orgánica, etc.)³⁹. Sus costumbres libremente creadas resultan de la síntesis de lo más espiritual, la libre decisión y los motivos de razón, y los instintos e impulsos más básicos. Segundo, que el yo concreto se constituye en todas sus esferas y clases de hábitos y actos, sean lógicos, prácticos o valorativos. Y tercero, que la constitución del yo concreto comprende tanto su tipo general como yo humano cuanto su tipo individual como yo peculiar con carácter, con su estilo propio que atraviesa todo el yo⁴⁰.

Por último, es preciso añadir un punto de gran interés y riqueza para ulteriores despliegues. Se trata de que las adquisiciones duraderas del yo concreto constituido constituyen a la vez su mundo circundante, el mundo de sus posibles objetos de consideración, valoración y actuación⁴¹. Ese yo concreto personal, determinado y maduro, y su mundo circundante son dos realidades que se constituyen y copertenecen mutuamente⁴². Mundo circundante que incluye a los demás como otros yoes constituidos y constituyentes a la vez.

³⁶ Cf. *Ideas II*, § 20-25 y 59.

³⁷ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 9.

³⁸ Cf. *Ideas II*, § 34 y 60 b.

³⁹ Cf. *Ideas II*, § 30, 58 y 59.

⁴⁰ Cf. *Ideas II*, § 57, 60 d y 61.

⁴¹ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 33.

⁴² Cf. *Ideas II*, anexo X.

Ese mundo circundante propio será precisamente el que permita —aunque no como único factor ni condición— el despliegue del yo personal, pues no se trata de un yo estático, sino vivo y actuante. De esto nos ocupamos a continuación.

IV. El desarrollo moral del yo concreto.

Se trata de atender ahora al hecho de que el yo concreto es un yo en desarrollo, un yo en rendimiento. Es cierto que es un yo que consiste en un centro de propiedades permanentes⁴³, pero esas propiedades son disposiciones habituales para la acción, son modos de configuración de actos. Y puesto que los actos precisamente van configurando el yo, tiene todo el sentido preguntarse ahora por dicha dinámica y su orientación. Esto será, entonces, el núcleo de la autoconstitución moral del hombre, que viene a ser así sujeto y objeto de su aspiración, lo cual sólo es posible si se trata de un desarrollo no simplemente orgánico o natural, sino espiritual o propiamente humano⁴⁴.

El yo trascendental (en el solo sentido de más allá del yo empírico) posee y consiste en sistemas de intencionalidad actual o posible⁴⁵. Lo cual permite hablar no sólo del yo que actúa, sino del yo que puede actuar conforme a dichos sistemas “habitualizados” en él. El yo es un “yo puedo”, libre y responsable⁴⁶, un yo capaz de posibilidades prácticas conforme a la índole de la propia persona, un “yo puedo” de cierto modo querido por mí. Por eso, si conozco a una persona, si logro captar (en intuición empática) su sistema intencional de motivaciones, podré predecir cómo va a comportarse⁴⁷. Predicción que no muestra que falte la libertad del agente, como si se tratara de un mecanismo de respuestas fijas; todo lo contrario, la predicción asume que quien actúa lo hace según principios propios consistentes e inteligibles de motivación, esto es, libremente. Que el yo sea un “yo puedo” y un “yo libre” no significa únicamente que tenga ciertas capacidades, sino que sus decisiones se refieren a un sustrato de motivaciones coherente⁴⁸. Más todavía, esa posesión, por

⁴³ Cf. *Ideas II*, anexo II.

⁴⁴ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, III, 2, C.

⁴⁵ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 30.

⁴⁶ Cf. *Ideas II*, § 59 y 60.

⁴⁷ Cf. *Ideas II*, § 34 y 60 b.

⁴⁸ Cf. *Ideas II*, anexo XI.

así decir, de sus habitualidades motivacionales no sólo caracterizan al ser humano como libre, sino también como propiamente individual. Las cosas no tienen en sí, propiamente, individualidad; el espíritu sí, porque posee su motivación en sí mismo, posee habitualidades forjadas por una historia personal⁴⁹.

Pero, además, el “yo puedo” no es sólo un yo que puede hacer aquello de lo que ya es capaz, es también un yo con un horizonte que le permite acrecentar sus potencialidades⁵⁰. La persona puede desarrollar su sistema de motivaciones, puede rendir desarrollarse con nuevas motivaciones⁵¹.

Ahora bien, ¿cómo crecerá de este modo el yo?, ¿dónde encontrará nuevos motivos?, ¿qué le impulsará a desarrollarse? La sencilla respuesta a estas preguntas parece ser el ocasional conocimiento de nuevos objetos motivantes, e incluso el descubrimiento de facetas de la estructura tendencial del propio carácter. Pero esa respuesta sólo resulta últimamente inteligible con un complemento que actúa como de clave de bóveda. Se trata de que, si precisamente la persona se define como tal por la coherencia o consistencia de sus motivaciones y acciones, su crecimiento habrá de guiarse por ese orden estructural. Es decir, un desarrollo humano, racional, del sistema personal de motivaciones sólo es inteligible si el yo concreto, cada yo, tiene a la vista una idea de tal sistema. Esa idea no es sino, propiamente, un ideal de persona posible y deseable hacia el cual el yo se prolonga⁵². El yo se vive, de este modo, como tendiente y orientado a un proyecto, a su proyecto⁵³.

La permanente aproximación a ese proyecto es la vida auténticamente humana. Se trata de un proceso que la persona nunca puede dar por terminado. Por un lado, porque aunque los hábitos ganados influyen en cada acto subsiguiente, el sujeto puede —aun poseyendo el hábito correspondiente— actuar de modo contrario e incoherente, pecar, desoyendo la conciencia y endureciéndose para su reclamo⁵⁴. Por otro, la persona debe estar siempre atenta a descubrir, y en su caso rectificar, posibles intencionalidades que como horizonte o subsuelo acaso le influyen “inconscientemente” (como por ejemplo, advierte Husserl, el resentimiento). Una rectificación que

⁴⁹ Cf. *Ideas II*, § 64.

⁵⁰ Cf. *Meditaciones cartesianas*, § 12 y 19.

⁵¹ Cf. *Ideas II*, § 60 b, y anexo XII, § 10.

⁵² Cf. *Ideas II*, § 29 *in fine*.

⁵³ Cf. *La crisis*, § 50 y 54 a y b.

⁵⁴ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, III, 2, C.

atañe tanto a las habitualidades como a los actos concretos que las han modelado. Rectificación que sólo es posible si hay verdaderamente un yo duradero e idéntico, pues únicamente un tal puede criticar el yo pasado que actuó de cierto modo y cultivó determinado hábito⁵⁵. En fin, a la vista de la experiencia de la vida humana tal como de hecho se desarrolla, se comprende que sea la continua renovación interior la tarea suprema de la ética⁵⁶

Pero a Husserl tampoco podía escapar el hecho de que la tarea ética de la autorrenovación, aunque es estrictamente individual y personalísima, va unida al mejoramiento de la comunidad. La moralidad de la comunidad depende de la persona individual y, al mismo tiempo, influye en esta presentándole modelos⁵⁷. En esos modelos el individuo puede descubrir su ideal y seguirlo con ayuda de esa guía; más aún, la presencia social de esos modelos influye inconscientemente en los miembros de esa colectividad.

El proceso de influencia y seguimiento a los modelos abre, desde luego, la vía práctica para la transformación moral de individuos y comunidades, de personas individuales y colectivas. Y la reflexión sobre ello descubre nuevos y fecundos campos de desarrollo científico. En particular, a las ciencias del espíritu se aparece la tarea de estudiar la génesis y el desarrollo de las personalidades influyentes, sacando a la luz la unidad espiritual de sus disposiciones y motivaciones interiores, esto es, los tipos de persona que reflejan. Una tarea que puede acometerse respecto al presente o respecto al pasado de la historia⁵⁸. Pero si se quiere lograr un conocimiento apriórico, habrá de trascenderse la mera descripción y buscar tipos ideales generales de persona⁵⁹. Todo logro en esta esfera contribuirá, evidentemente, al descubrimiento de nuevos y más altos modelos de persona moral. Lo cual sucede conforme a la ley general según la cual todo conocimiento trascendental nuevo supone un enriquecimiento del contenido del alma humana y de la historia de la constitución del mundo, en su respectivo campo y contenido⁶⁰.

Como se puede advertir, estas sugerencias de Husserl —a veces desarrolladas y a veces únicamente incoadas— brindan campos y caminos de reflexión tan variados y fecundos como la ética, la socio-

⁵⁵ Cf. *La crisis*, § 50 y 69.

⁵⁶ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, III, 1.

⁵⁷ Cf. *La renovación del hombre y de la cultura*, IV, 1.

⁵⁸ Cf. *Ideas II*, anexo XIV.

⁵⁹ Cf. *Ideas II*, anexo XII, § 6 y 12.

⁶⁰ Cf. *La crisis*, § 72 *in fine*.

logía o la historia; y por supuesto la antropología, donde —con gran realismo y concreción— se tiene en cuenta el haber de las tendencias y disposiciones naturales, así como la biografía o historia personal tanto del interior de la persona como de la influencia del entorno social sobre ella. Lo cual, por cierto, nos lleva a rechazar la estereotipada imagen de la fenomenología de Husserl como un pensamiento abstracto e intelectualista; y a comprender, en cambio, que los análisis fenomenológicos cognoscitivos eran concebidos por su autor como fino instrumental para penetrar en la entera realidad, y sobre todo en la personal. Además, en concreto respecto al tema tratado en estas páginas, vemos cómo el fundador de la fenomenología termina insertándose a su modo y manera en la gran tradición filosófica que comprende el crecimiento moral de la persona mediante virtudes, libremente y a la vez sobre la base de las tendencias naturales.

*Recibido el 4 de marzo de 2010
Aprobado el 10 de abril de 2010*

Sergio Sánchez Migallón
Universidad de Navarra
smigallon@unav.es